

Para encontrarse con Dios

Leemos en el capítulo 19 que Israel sigue adelante en su jornada hacia el monte Sinaí. Leemos a partir del versículo 3 que Moisés subió al monte “para encontrarse con Dios. Y desde allí lo llamó el Señor y le dijo: «Habla con la casa de Jacob. Diles lo siguiente a los hijos de Israel: “Ustedes han visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo los he tomado a ustedes y los he traído hasta mí sobre alas de águila. Si ahora ustedes prestan oído a mi voz, y cumplen mi pacto, serán mi tesoro especial por encima de todos los pueblos, porque toda la tierra me pertenece. Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y un pueblo santo. Estas mismas palabras les dirás a los hijos de Israel.”»

Seguimos un poco más adelante en el texto a partir del versículo 9, donde veremos que “el Señor le dijo: «Voy a venir en medio de una nube espesa, y desde allí hablaré para que el pueblo me oiga mientras hablo contigo, y también para que te crean siempre.» Moisés refirió al Señor las palabras del pueblo, y el Señor le dijo a Moisés: «Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana, y haz que laven sus vestidos y se preparen para el tercer día, porque al tercer día yo, el Señor, descenderé sobre el monte Sinaí, a la vista de todo el pueblo. Tú debes poner un límite alrededor del pueblo y decirles que se abstengan de subir al monte. Ni siquiera deben tocar sus límites, porque cualquiera que toque el monte, morirá. Quien llegue a tocarlo, hombre o animal, será apedreado o traspasado por una flecha. No vivirá. Sólo podrán subir al monte cuando la trompeta dé un toque largo.» Como vemos, Dios se acerca al pueblo de Israel para manifestarse de manera extraordinaria en el monte Sinaí.

La presencia gloriosa de Dios es tan tremenda que nadie puede acercarse a Él sin ser de alguna manera afectado de manera prácticamente mortal. La pregunta es por qué elige Dios presentarse de esta manera como nunca antes durante un período de aparente silencio por más de 400 años. Eran tiempos especiales, que requerían de estas demostraciones. Dios se revela con todo su poder y ahora establece un pacto, que es conocido en la Biblia como el Pacto del Sinaí.

Teníamos ya un pacto que vimos en Génesis. Este es una especie de continuidad de la relación que estableció con Abraham allá en el capítulo 12 de Génesis. Y ahora ese pacto se especifica más nítidamente con el pueblo de Israel. Y se detalla en Éxodo 19 y 20. En realidad, de manera más amplia el pacto del Sinaí empieza en el capítulo 19 de Éxodo y va hasta el capítulo 24. Y Dios manifiesta su poder en ese inicio del proceso del pacto a partir del versículo 16. Dice: “Al tercer día por la mañana, hubo truenos y relámpagos, y una espesa nube se posó sobre el monte, y hubo un fuerte sonido de bocina, y todo el pueblo que estaba en el campamento se estremeció. Entonces Moisés sacó al pueblo del campamento para recibir a Dios, y se detuvieron al pie del monte. Todo el monte Sinaí humeaba porque el Señor había descendido sobre él en fuego y el humo subía como de un horno, y todo el monte se estremecía en extremo. El sonido de la bocina iba en aumento, y Moisés hablaba y Dios le respondía con voz de trueno. Entonces descendió el Señor sobre el monte Sinaí, sobre la cumbre del monte, y llamó el Señor a Moisés para que subiera a la cumbre, y Moisés subió. Y el Señor le dijo a Moisés: «Baja y dile al pueblo que no

traspase los límites para verme, porque muchos de ellos morirán. A los sacerdotes que se acercan a mí díles también que se santifiquen para que yo, el Señor, no haga en ellos ningún estrago.» Moisés le dijo al Señor: «El pueblo no podrá subir al monte Sinaí, porque tú nos has mandado poner límites al monte, y santificarlo.»

Vemos entonces una manifestación poderosa y tremenda del propio Dios, estableciendo por iniciativa propia este pacto que se manifestará más nítidamente en el capítulo 20, donde Dios da los 10 mandamientos. Podríamos decir que es el pacto resumido en estas 10 máximas. El decálogo es el famoso código de ética, casi que universalmente aceptado, repetido y que resume muy bien el corazón del pacto en cuanto a conducta, pero veamos lo que dice el texto.

Dice desde el versículo 1: “Dios habló y dijo todas estas palabras: «Yo soy el Señor tu Dios. Yo te saqué de la tierra de Egipto, donde vivías como esclavo.»

Aquí conviene señalar que había básicamente dos tipos de pactos en la antigüedad. Había un pacto que era una especie de concesión real de parte de un rey a otro rey de menor estatus, súbdito del primero, que era considerado un pacto incondicional y dependía exclusivamente de aquel que concedía las tierras o cualquier otro favor; y también había un tipo de pacto que era organizado de manera semejante a lo que ocurrió con los hititas, un pueblo de la antigüedad: era un pacto entre un señor y un vasallo, es decir, entre un rey que dominaba y una especie de vasallo o persona en una situación de menor poder, un subalterno en relación a aquel rey. Esos pactos en general eran condicionales. ¿Y cómo funcionaban en la práctica?

Se establecía de la siguiente manera: el rey enviaba a un representante que podría exigir lo que él establecería; él se identificaba y decía lo que hizo en favor; presentaba una lista de estipulaciones y había una especie de juramento de parte del propio vasallo, del dominado, del menor, en que se comprometía que en caso de no cumplir las estipulaciones del pacto él sufriría los efectos. Y ese pacto se concluía con una lista de bendiciones y maldiciones. Ese mismo tipo de contrato es el que Dios establece con el pueblo de Israel en el pacto sinaítico, que era un tipo de pacto condicional.

Es por eso que Dios comienza señalando su señorío y lo que hizo por el pueblo de Israel antes de dar los 10 mandamientos. Los diez mandamientos aparecen como el núcleo de ese pacto. Dios dice: ¿Quién soy yo? Soy Yahvé. ¿Qué hice? Los saqué de la esclavitud. Por eso deben observar estos elementos esenciales de ese pacto. Veamos la lista completa y cómo los presenta. Dice así: “No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni semejanza alguna de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás ante ellas, ni las honrarás, porque yo soy el Señor tu Dios, fuerte y celoso. Yo visito en los hijos la maldad de los padres que me aborrecen, hasta la tercera y cuarta generación, pero trato con misericordia infinita a los que me aman y cumplen mis mandamientos. No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios, porque yo, el Señor, no consideraré inocente al que tome en vano mi nombre. Te acordarás del día de reposo, y lo santificarás. Durante seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el día séptimo es de reposo en honor del Señor tu Dios. No harás en él ningún trabajo. Ni tú, ni tu

hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que viva dentro de tus ciudades. Porque yo, el Señor, hice en seis días los cielos, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, pero reposé en el día séptimo. Por eso yo, el Señor, bendije el día de reposo y lo santifiqué. Honrarás a tu padre y a tu madre, para que tu vida se alargue en la tierra que yo, el Señor tu Dios, te doy. No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No presentarás falso testimonio contra tu prójimo. No codiciarás la casa de tu prójimo, ni a su mujer, ni a su siervo ni a su esclava, ni su buey ni su asno, ni nada que le pertenezca a tu prójimo.”

Todo eso sucedió ante una manifestación de truenos y relámpagos. Todos temblaban asustados. Es que Dios manifiesta de manera más nítida, quién es Él. Y también sus exigencias y el carácter de sus mandamientos, de una fe monoteísta, marcada por este código ético en el contexto del Antiguo Testamento. Esas exigencias que se vinculan al pacto del Sinaí tienen un núcleo de parámetros que trascenderá ese pacto. Y vamos a conversar más detalladamente sobre eso en otros episodios de Misión 66. En este caso, Dios establece esa gran alianza con el pueblo de Israel y se va revelando y enseñando su cuidado y poder en el pacto. Y en ese pacto Israel se someterá a la obligación de obedecerlo fielmente.

Y surgen muchas preguntas. Por ejemplo, ¿Conseguirá Israel mantenerse fiel al pacto? ¿Y si Israel no se mantiene fiel? ¿Cuáles son los caminos que la Biblia toma para solucionar esa difícil situación? Necesitamos pensar sobre esa cuestión que seguramente bendecirá nuestra vida y encaminará nuestro pensamiento de manera correcta.